

## ARQUITECTURA COLONIAL \*

---

Hace 6 años que el Dr. Rómulo S. Naón, ex-ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, me expusiera sus ideas sobre el desarrollo de la Argentina y, en especial, de los institutos de enseñanza, que contaba en esa época con un aumento anual de alumnos de un 15 a 20 %, resultando así imposible seguir con las edificaciones insuficientes de esa categoría.

El Dr. Naón creía necesario prever el progresivo desarrollo y tener un programa completo para el porvenir.

Así pensó ubicar los centros de cultura en dos partes, uno en Buenos Aires y el otro en Córdoba.

Me encargó, pues, de concretar su idea en un proyecto general, convirtiendo a Córdoba en un centro principal de enseñanza, creando y uniendo poco a poco, según el concepto fundamental, la Facultad de Derecho, la de Ciencias Exactas y la de Medicina, con el Hospital, la Biblioteca, el Seminario, el Colegio Nacional, con plazas de juego y gimnasio, casas para es-

---

(\*) El autor hace notar que este pequeño trabajo que hoy entrega al público es el primero de una serie, es decir, el preámbulo y consideraciones generales sobre la obra final documentada, que imprimirá; sacada toda ella del sinnúmero de planos, relieves, perfiles, etc., etc., que obran en su poder y que han sido recopilados, tomando los datos y medidas sobre las obras que se conservan sanas en la actualidad y que son de la época que nos ocupa.

tudiantes, etc.; en una palabra, una pequeña ciudad de enseñanza en los barrios más altos y sanos de esta capital.

Tomada a mi cargo, pues, la tarea de realizar en sus principios estas ideas, tenía, forzosamente, que entrar en estudios más detallados a su respecto.

Aparte de las necesidades a cumplir, estudio de plantas y terreno, llegué a la convicción de que para Córdoba hay que abandonar los tipos europeos y crear otros nuevos, sobre la base de la historia y desarrollo del país.

Empecé estudiando las formas de la época colonial y poco a poco pude penetrar en el pensamiento que ha originado las construcciones del pasado.

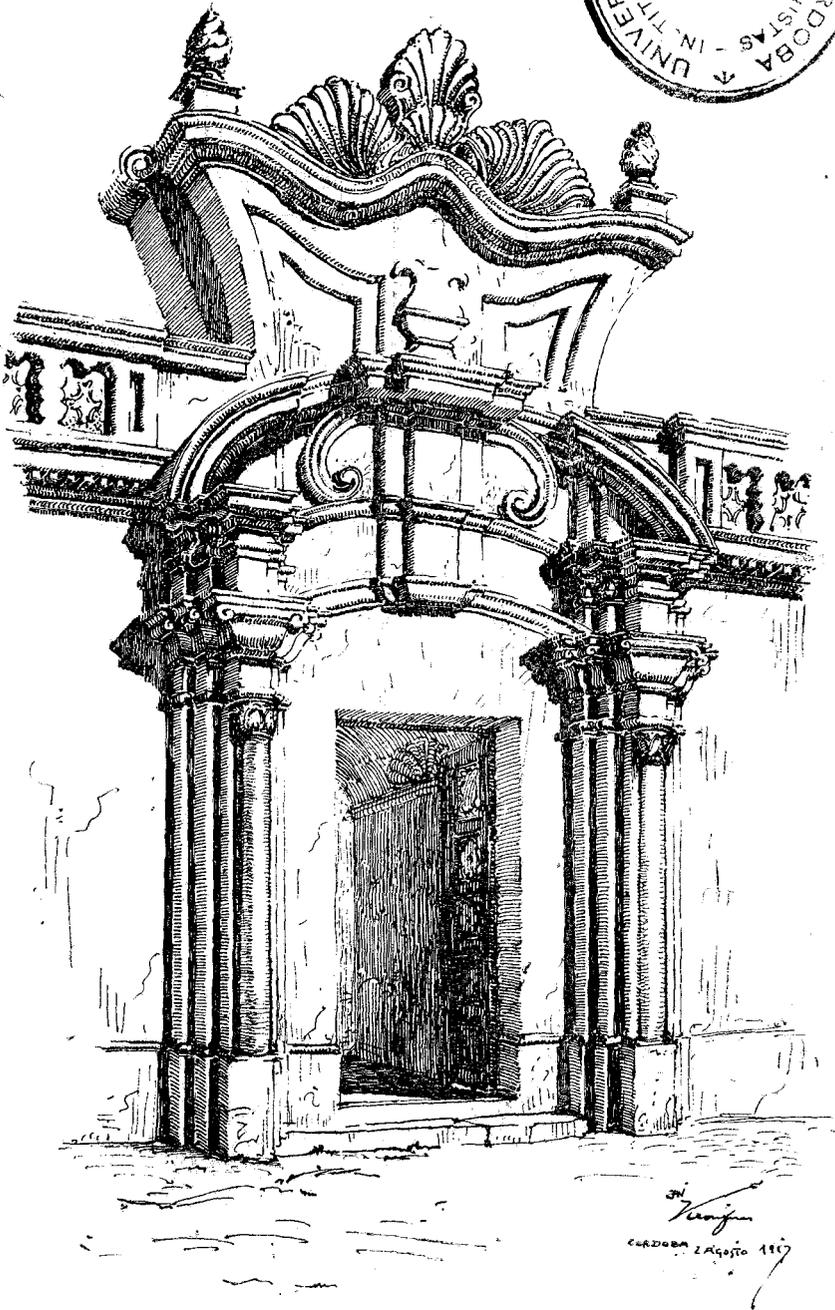
Sabiendo muy bien que las formas y tipos antiguos de las casas no fueron invenciones de un solo hombre, sino el resultado del trabajo, de las observaciones y experiencias realizadas durante años y siglos por varias generaciones, empecé, pues, a estudiarlos.

Y en esta labor encontré cada día más notas interesantes que me impulsaron a trazar las bases de una historia de las artes en la Argentina.

Iba buscando las casas coloniales e investigando sus formas, sus construcciones, las necesidades a las cuales tenían que acomodarse, en una palabra: toda su historia.

He visto como desaparecían las casas antiguas bajo el pico del obrero, para dejar lugar a la realización de obras modernas. Las he visto desaparecer con sincero pesar, porque al fin ellas eran mis amigos de estudio y fuí el confidente de la historia muda que me han contado.

No quiero pedir que los salve el gobierno,—esa exclamación eterna—porque somos mortales, como muestras obras. Si llega su tiempo de morir, de desaparecer de este mundo, que desaparezcan. Pero no así—como pobre abandonado—sin cortejo de luto, sin acompañamiento, sin dejar rastro de su existencia, ni en los libros, ni en los planos.



Portada de la casa solariega de la familia Allende—calle Alvear

Hay un sentimiento de veneración, que obliga a cada uno a agradecer el trabajo de nuestros antepasados.

Sobre su trabajo y sus resultados basamos nuestra cultura.

Es la base de todo desarrollo sano y viril. El respeto a lo que fué, al trabajo realizado por los antepasados.

No se puede comprar por millones este valor histórico y si un país no lo tiene, es porque no ha tenido historia; y no lo-graría importarlo de ninguna parte del mundo.

Pero si lo tiene, que lo guarde y lo respete como a una joya de las más raras y santas.

Yo recuerdo que cuando empecé a dibujar en las calles las antiguas casas, hace 5 años, me tomaban como desequilibrado o maniático.

Pero ello no me importaba, porque encontré, también, algunos que miraban con interés mi esfuerzo.

Y cuando empecé en Buenos Aires, en la Facultad, a hablar del estilo colonial, encontré eco en una gran parte de los estudiantes que a ella concurrían; otros me atacaban.

Seguí trabajando; conociendo muy bien el largo camino que tenía que seguir para llegar a la meta.

Pero el número de los estudiantes que me han acompañado, se aumentó y pronto algunos se atrevieron a presentar pequeños proyectos en estilo colonial.

(Antes de proseguir quiero evitar un malentendido.)

Yo no quiero decir, no aconsejo, que todas nuestras obras modernas sean en estilo colonial, porque con ese criterio abandonaríamos el suelo firme de la historia y de la lógica.

Hoy en día las casas de forma colonial no responden en todo a las exigencias modernas.

Imitarlas, sin pensar algo, sería cometer un error fundamental. Pero hay que notar que en la edificación de la época colonial los constructores han logrado encontrar ciertas ventajas que ya no tienen las casas modernas.

Y son estas ventajas las que tendríamos que aprovechar.

Las formas de esa época pasaron a la historia, y hacerlas revivir, sin sentimiento, sin nueva vida, sería algo como pasearse con un traje a la moda y con un sombrero de la época colonial.

Una de las leyes fundamentales del arte es la armonía.

Faltaríamos a esa ley si no pensáramos sobre su aplicación y modificación correspondiente a nuestra época.

La Argentina moderna ha perdido el sentido de las formas arquitectónicas antiguas y con ello esa cierta individualidad que caracterizan a toda nación y a cada época.

Los pueblos han visto estas formas con sus propios ojos, y les ha impreso el sello de sus sentimientos; por eso podemos hablar en la historia de las artes, de un renacimiento italiano, francés, alemán, inglés, español, etc.

Hubo el estilo colonial en el Perú, Bolivia, Chile y Méjico, pero cada uno fué peculiar, porque los materiales de construcción y la cultura de los pueblos indígenas que estaban al alcance de los conquistadores eran, en cada país, diferentes.

El estilo colonial de la Argentina fué diferente del de los otros.

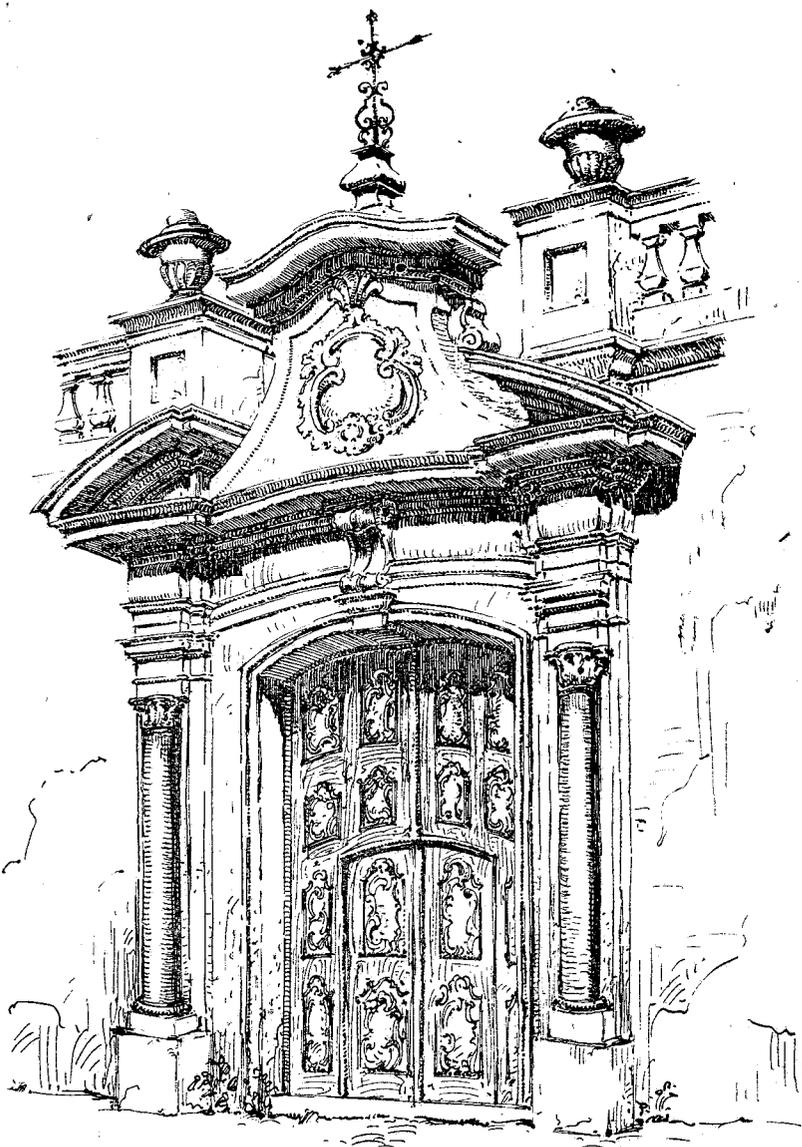
Los antepasados americanos no fueron simples imitadores. En conjunto sus obras demuestran que pertenecieron a la gran familia de España, pero cada pueblo elaboró las obras de su país o suelo natal.

En la Argentina podemos probar que los hombres de aquella época, pudieron encontrar su propio camino, y seguirlo durante siglos.

Vamos poco a poco, porque abordar un gran tema y contenerlo en una o dos conferencias, es algo difícil.

Entraré, pues, en el estudio de esas obras con el amor que siento por las artes y a ese siglo que ha creado en Europa maravillas de construcciones, y con ese entusiasmo y respeto que me imponen la historia del pasado de la Argentina.

Dibujando, midiendo, sacando cada perfil y detalle, pen-



PORTAL DE CORDOBA

Portada de la casa de los Pueyrredon, en el solar ocupado hoy por el Hotel Victoria

sando sobre el por qué de cada forma, sobre su construcción y su origen, sobre las necesidades a que debían responder, he podido acercarme más al alma de estos primeros pobladores que aquí, en Córdoba de la nueva Andalucía, querían seguir su vida de Europa.

Conociendo una vez, como conocemos, su lenguaje espiritual, nos compenetramos mutuamente.

Esas artes primitivas me han contado de muchas luchas por su existencia, y voy a referirme a algunas.

No entraré a disputar con los que no han escuchado ese idioma mudo de las artes pasadas.

No hay aquí lugar para críticas, sino, solamente para entendernos.

Nos encontramos en el mismo caso de un redactor a quién entregan una poesía para su aceptación.

Supongamos que esa poesía—una perla de imaginación—sea entregada al redactor escrita sobre un papel antiguo y roto, trazada con letras feas y tinta pálida, con fraseología deficiente y con mala ortografía.

¿Cuál será la primera impresión del lector? Tirarla

Nosotros somos, ante todo, esclavos de la forma, y cuando la forma no nos gusta, no tenemos el ánimo de entrar en su estudio hasta comprender e interpretar y consentir la idea fundamental.

Y eso, precisamente, pasa con las obras coloniales. Se las juzga según su forma actual, casi siempre abandonada, sin sus colores, sin las flores que las adornaban antes, con esos feos agregados modernos y refacciones hechas sin estudio, sin amor, sin conocimiento, solamente cumpliendo con algún deseo de aumentar una renta.

En mis dibujos prescindí de todo eso. Quería reconstruir todo lo que podía comprobar como posterior a la época de su creación. Y como la base del arte de esa época era el pictórico,

he puesto colores que en algunos casos podía comprobar como el pintado primitivo.

Pero con dibujos geométricos en muy reducida escala, la impresión de la forma antigua no puede ser completa.

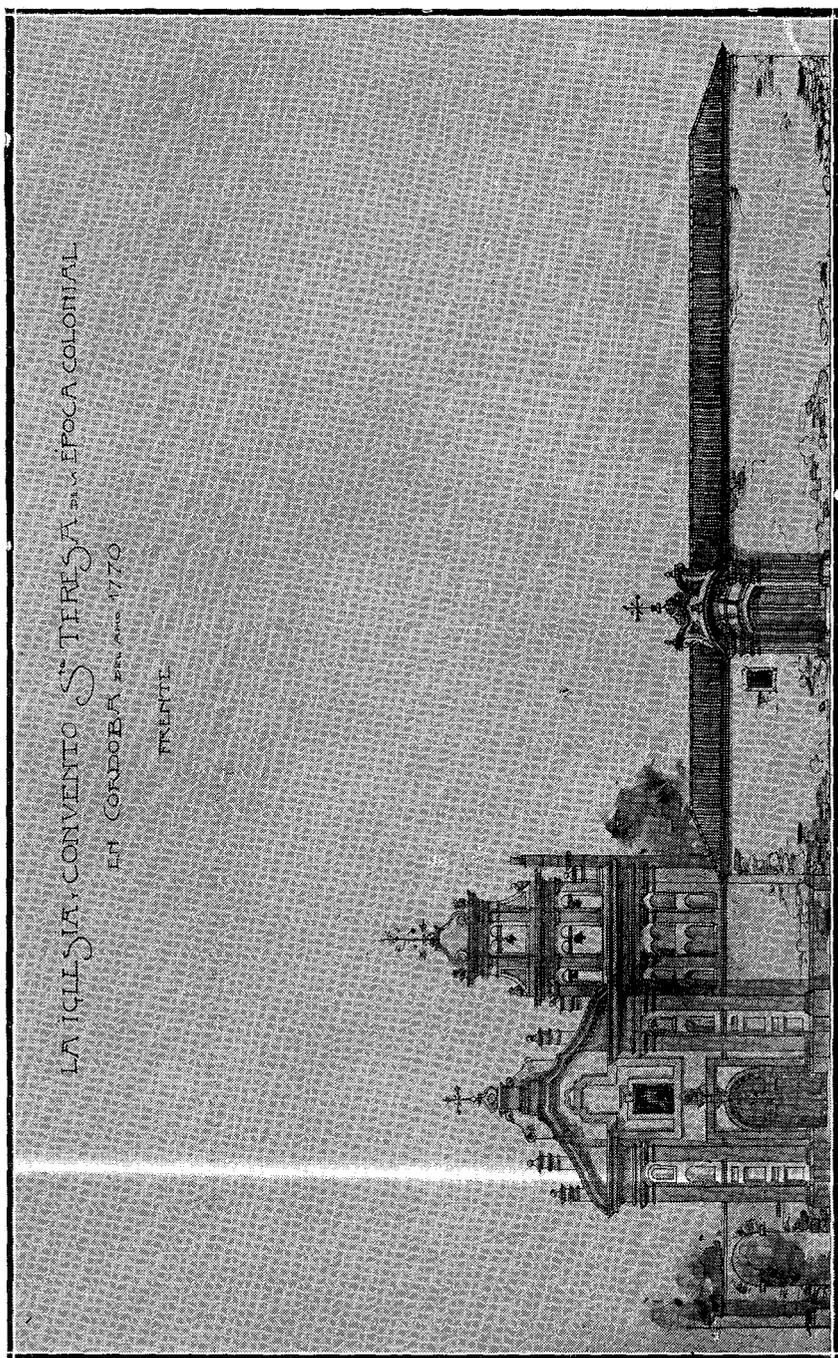
Ante todo, restaba efecto a esas obras la pintura posterior. Sabemos que después de esa gran época, en las artes no había más que decadencia, de la cual se destacan como un punto luminoso los estilos de Luis XVI y del imperio, para desaparecer para siempre con toda su elegancia y hermosura, con toda su fantasía y caprichos espirituales. Así el agregado posterior no resultaba mejor; al contrario, fué siempre peor.

Las líneas puras y rectas de las torres de la Compañía—de puro estilo renacimiento—fueron reemplazadas con las líneas de las épocas posteriores, trayendo así una desarmonía sensible en la tranquilidad de su conjunto.

La Catedral con su mucho dorado, con las arcadas estrechadas, por razones de su debilitamiento, ya no habla más, en el interior, de su pasado, y las casas particulares solariegas, ahora en su mayoría convertidas en almacenes, tampoco pueden darnos idea de su pasado. Además, van poco a poco desapareciendo, dejando lugar para construcciones modernas, las cuales ya ni quieren guardar nada del pasado: ni siquiera el pensamiento sano, práctico y artístico de su concepción que tiene su origen en las casas romanas, como ya comprobé anteriormente en un artículo que la revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería publicó.

Existen en las casas coloniales, la entrada central (zaguán) con las dos piezas laterales; el patio de recepción con la sala—o entrada—en el frente de la entrada. Lateralmente una comunicación con los dos patios interiores, todo como en las casas de Pompeya.

Lo único que faltaba en las casas coloniales de la Argentina, era la pintura; el arte decorativo era cosa que aquí no se podía ejecutar.



LA IGLESIA. CONVENTO S<sup>ta</sup> TERESA DE LA EPOCA COLONIAL  
EN CONDESA. 2da. Ed. Año 1770

FRENTE

Convento de Santa Teresa — (Reconstrucción) calle Independencia

Quedaban así blancas por dentro, con los pisos de ladrillo colorados; con uno o dos retratos de la familia colgados en la pared.

El moblaje era escaso; comprendía solamente lo más necesario, como ha comprobado en el archivo el sabio investigador e historiador de Córdoba, Dr. Cabrera, en el caso de la descripción de la casa de Bulnes.

Pero todos los muebles eran de calidad y confeccionados con arte, destacándose sus formas curvadas y su color castaño sobre las blancas paredes, dando así a cada pieza abovedada, un cierto aspecto señorial lleno de calma, que no se encuentra más en las piezas altas y chicas de nuestras modernas casas.

Estudiando estas antiguas disposiciones de las piezas, nos sorprende la poca importancia que se han dado a la cocina y baños.

Las casas más antiguas de Córdoba no los tenían, como en Madrid tampoco los había en el tiempo de Velázquez, mientras el investigador puede encontrarlos, en su forma rudimentaria, en las casas de la antigua Pompeya.

Baños públicos había varios en las antiguas ciudades del Imperio Romano, pero Córdoba no tenía más que el río, que en esa época cruzaba uno de los barrios principales de la ciudad.

Las cocinas se instalaban al aire libre, en forma de braseiros u hornos, colocados casi siempre en la galería del segundo patio, de donde pasaban después al interior de las piezas, sobre una plataforma sostenida por dos arcos, destinada a recibir el fuego.

Examinando todas las casas que nos han quedado de la época colonial, podemos decir que no había en ellas otro tipo de distribución del ya mencionado. Cuando se instalaron los primeros negocios y profesiones, surgió la forma de esas pequeñas casas, que no tienen patio, y solamente en la esquina para la tienda, se hicieron pequeños depósitos y una o dos piezas

para la familia. Faltando el patio, la vida familiar se ha llevado hacia delante de la casa, a la calle.

Más tarde, engrandecida la ciudad, pudimos encontrar el tipo de esa casa, en que las dos piezas al lado del zaguán se transforman en negocios, retirándose la familia a las piezas que dan sobre el patio.

Claro es que en esa época, cada familia tenía su casa. Habitaciones para alquilar no las había.

Los indios tenían que vivir en sus rancherías, los otros—los domésticos—quedaban en las casas de sus dueños.

Con el aumento de la población se establecieron algunas pequeñas industrias, para las cuales había que edificar un nuevo tipo de casa.

Ese tipo fué el del bazar oriental: pequeñas tiendas de 3 metros de ancho, con lugar para 2 o 4 obreros, quienes dormían en la pieza de encima de la tienda, a donde se subía por una pequeña escalera de madera. Con esos tres tipos y algunas piezas aisladas y techadas (en el patio), se formaba la ciudad.

Imaginémonos esa ciudad de "Córdoba de la nueva Andalucía".

Conocemos su historia y con los últimos trabajos del Dr. Cabrera sabemos algo más.

Había en ella una fortaleza, varios molinos, y brazos del río, uno de los cuales llegaba hasta la esquina de las calles Colón y San Martín.

En el plano de la ciudad, en cual he dibujado las casas existentes en la segunda época: 1680-1800 (no está terminado todavía), se puede fácilmente encontrar el lugar preferido, que comprendía la Plaza hasta la capilla del Pilar.

Contemplando el trazado de la ciudad, todos se preguntan por qué está Córdoba situada en el bajo?

Las ciudades correspondientes a esa época, en Europa, se fundaban siempre sobre puntos altos.

La contestación a esa pregunta nos da el dibujo que yo he

hecho, según los datos históricos del aludido Dr. Cabrera, y el plano geológico del río primero por el Dr. Bodenbender.

Dice, según los documentos comprobatorios, el Dr. Cabrera:

“El sitio en que Jerónimo Luis de Cabrera estableció sus reales, con ánimo de abrir en el mismo los cimientos de una nueva ciudad señalábase por esta circunstancia: Era una especie de isla, dice la vieja documentación como quiera que lo cercaban, o ceñían en la dirección oeste a este el río de Zuquia, y de norte a sud, una madre de río antiguo, que de avenidas corre por ella y uníase con el primero a inmediaciones del actual Puente Alvear.

Como es conocida la fundación de la capital de la nueva Andalucía, efectuóse el 6 de julio del año 1573 conforme en un todo a las instrucciones y ordenanzas vigentes sobre la creación de ciudades, que dice entre otras (según los documentos inéditos de Indias del año 1573).

Que tengan buenas entradas y salidas por mar y por tierra, de buenos caminos y navegación, para que se pueda entrar fácilmente y salir, comerciar y gobernar, socorrer y defender.

El paraje elegido era el del Quisquisacate, palabra que según la interpretación etimológica del Dr. Cabrera significa (junta de ríos), y de cuya existencia da noticias D. Jerónimo, lo mismo que de sus ventajas, por los informes que le había suministrado Juárez de Figueroa, tras de su jornada exploradora, determinó al general a abrir los cimientos de la nueva urbe.

Era, pues, un lugar elegido por razones estratégicas. El fuerte, como primera obra, era, según el antiquísimo libro de Mercedes “un ancón de tierra que empezaba a correr, desde una barranca del río”, de donde se sacó tierra para hacer las tapias del Fuerte; y el sitio del fuerte era según títulos estudiados por el Dr. Cabrera, “en la rinconada que forma el río frente de la capilla del Pilar, sud-norte”, es decir a la altura de la actual calle Maipú.

El fuerte mismo, según la descripción del jesuita Miranda, del año 1749, "se reducía a una empalizada o pequeño recinto de palos gruesos hincados en tierra, en medio de la cual se levantaba una viga, en cuya cima (a la cual se subía por una escalera de mano) había una especie de jaula de madera, que honraremos con el nombre de garita o atalaya, que allí llaman manguillo para descubrir la campana y estar alerta contra los enemigos".

Pero esta es ya la segunda forma del fuerte, porque la primera fué arrasada paulatinamente por el ímpetu de las aguas desde los años 1619 hasta 1623, y con la creciente más formidable y trágica de 1628.

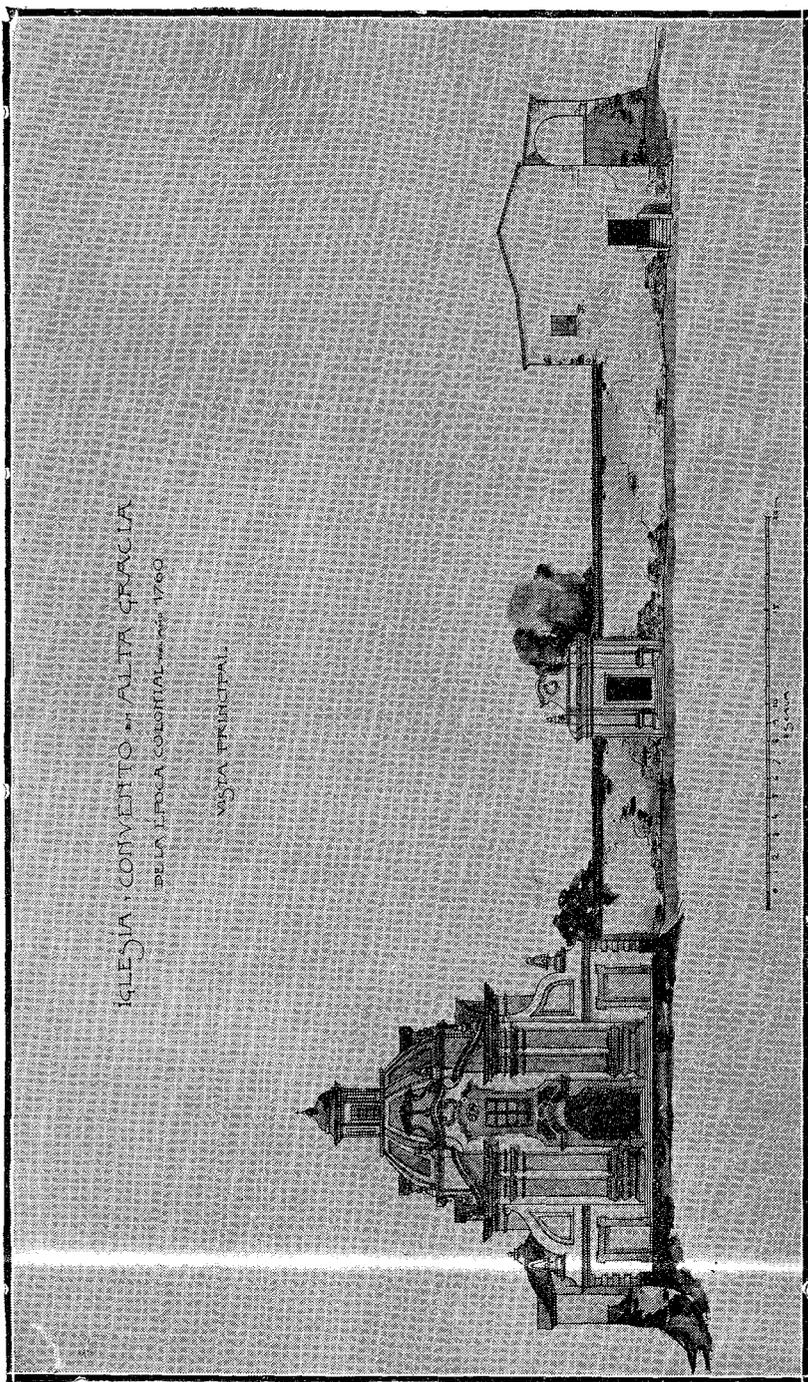
Es lógico suponer que de todas las casitas y ranchos edificados hasta esa fecha no quedaba ni uno.

Y todo los que edificaron de nuevo los colonos, fueron otra vez arruinados por los indios, como nos cuenta un testigo ocular del año 1749, el jesuita Miranda: estos indios pegaban fuego a las mieses, mataban o cautivaban a toda la gente de la campaña, reducían a cenizas todas las habitaciones campestres, robaban los ganados y los arreaban a sus bosques, se apoderaban de cuanto traginaban los comerciantes, cortando las cabezas a toda la gente del convoy y llevándolas por trofeos sobre las puntas de las lanzas o de los dardos; en una palabra, tenían acorralados a los españoles en sus ciudades, fuera de las cuales no se veía sino una perpetua y desierta soledad.

Hasta esa época, o sea 1730, tampoco había, pues, muchas casas.

Encontrado por el fundador de la ciudad un lugar fácil de defender, querría poner los cimientos de la ciudad en la isla misma. Pero parece que las medidas tomadas no daban bastante lugar para su desarrollo; y así fué determinada la Plaza, pasando el río, pero siempre en el valle del mismo.

Hubo después diferencias en la determinación de la Plaza, según los comprobantes del Dr. Cabrera, porque la plaza fué una



IGLESIA Y CONVENTO DE ALTA GRACIA  
DE LA HEREDIA COLONIAL en 1760

VISTA PRINCIPAL

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10  
Metros

Frente principal de la Iglesia y casa jesuitica de Alta Gracia

vez ubicada al frente del solar de los Franciscanos, y luego, otra vez en el lugar donde está hoy.

Córdoba, pues, no era más que el lecho del río, con pocos árboles aislados, grupos de piedras, y arena con poco pasto.

Sobre ese terreno hubo que trazar la ciudad y empezar a trabajar.

La primera obra que mencionan los documentos—que sacó de los estudios del padre Terencio Baggio, concentrado en un librito de mucho mérito, el cual a su vez recurre al documento de Pastels, copiado del Archivo de Indias—es la capilla de la Ermita; consta en ese documento que el lienzo de la capilla doméstica, cuyo interior ya estaba adornado en 1643, y por eso ambas construcciones son anteriores a la de la iglesia.

La ermita fué acabada, según el citado documento, en agosto de 1589, diez años antes de que fuera pasada a los jesuitas.

La bóveda actual es posterior; sus formas son de estilo barroco; el altar mismo es de estilo rococo, o sea posterior a la forma de la bóveda.

Parece que una vez edificada al lado la capilla doméstica, fué transformada en sacristía de la misma capilla porque el altar de la capilla fué posteriormente trasladado al lugar falso donde está ahora, tapando así la puerta principal de la capilla.

Llegaron pues a la ciudad fundada los padres ingenieros y pusieron la cruz sobre su solar.

Pero, desde la primera cruz de madera rústica hasta tener una iglesia con techo, tuvieron que pasar el vía crucis de todos esos hombres que quieren crear algo.

Aquí, en terreno desconocido, solamente 60 hombres sin familias, entre indios, con los cuales no podían cambiar ideas, con pocos caballos que no se prestaban para tirar carros de carga, sin alimento regular, sin techo para descansar en la sombra, expuestos al sol y a los ataques de los indios y de los animales salvajes, tuvieron que empezar su obra.

Como ingenieros que querían edificar, necesitaban cal y

arena. Piedra bolas y arena había en el cauce del río, en abundancia.

Pero ¿cal ¿de dónde sacarla? Y buscando, descubrieron estas rocas de cal, que hasta hoy sirven para su fabricación.

Ladrillos no había tampoco. Uno que otro podía fabricarlos y quemarlos, pero una vez que esos marchaban o morían, había que volver a la construcción con adobe crudo.

Pero ¿qué importaban las dificultades a aquellos hombres de energía? Ellos empezaban sus obras casi siempre sin planos, trazando la distribución sobre la tierra. Conocieron desde Europa las medidas principales de las obras de su época y aquí siguieron enseñando a los indios a edificar para ellos, para los conquistadores y para sus oficinas.

Así se levantaron ranchos de barro, con techo de paja, en los cuales entraba el agua en cada lluvia.

Los documentos de esa época nos ilustran sobre la pequeña colonia que luchaba aquí por su existencia.

Pedro Sotelo Narváez, describe Córdoba en el año 1598, diciendo: "tendrá 40 vecinos encomenderos de indios y a estos encomenderos serviránles al presente más de 6000 indios".

En el año 1607, casi 30 años después de la fundación de la ciudad, dice en una carta el gobernador de Tucumán, don Alonso de Rivera: "La ciudad de Córdoba tiene 60 vecinos, con 4000 indios".

En 1606 llegó Rivera a Córdoba y dice: "la hallé con necesidad de acequia porque, aunque tenía una, no era competente para su servicio y sustento: puse por obra ensancharla y alargarla con la mayor suavidad y comodidad que pude".

"También la hallé sin casas de Cabildo y cárcel, y las comencé y mandé a mi lugarteniente continuase mi obra".

Este cuadro completa el Dr. Ernesto Quesada más tarde, diciendo:

"Al comienzo del siglo XVI los 60 españoles que formaban su vecindario, demasiado tenían que hacer con luchar con el

hambre ocasionado por la inclemencia de los años y sus propios desacentos, y todo debían producir dentro de la propia familia, alimentación, indumentaria, habitación, oficios, pues se encontraban en pleno período de la economía doméstica, de la antigua familia romana.

Pero entre todas las preocupaciones no olvidaron la edificación suprema: la iglesia. Para esa construcción ya no podía servir el barro, y había que buscar piedras. ¿En dónde encontrarlas y sacarlas, sin obreros expertos, sin caminos, sin vehículos de transporte?

Salvar todas esas dificultades, de una vez, no era posible. Había que aventurarse a construir con piedra bola, no solamente los cimientos, sino también los pilares y cargarlos luego.

Pero la piedra bola con su superficie lisa y redonda era muy difícil de colocar. Para su mejor unión tomaron mucha cal, casi demasiada, creyendo que con esa mezcla podrían salvar la dificultad.

El resultado era deficiente; tenían que separar con ladrillos cada hilada de piedra bola.

Quemar ladrillos era, como ya mencioné, cosa difícil por falta de constructores y obreros.

Andando en busca de piedra, encontraron el mármol colorado que fué trasportado por los indios al lugar de la obra en pequeños pedazos. Con ese material está edificada la capilla doméstica de los Jesuitas y la iglesia de la Compañía; y tiene razón el padre Baggio al llegar a la conclusión, en su obra, de que la Ermita es anterior a la capilla doméstica, porque—dice él—las piedras no son quebradas de cantera, como las de la capilla Doméstica, sino piedras rodadas y piedras bolas.

Que importaban a ellos, en esa época, las formas; casi no podían vencer la dificultad de la construcción, ¿cómo podían pensar en las formas?

Se consideraban felices cuando llegaban a la altura de los techos.

Todas las iglesias en esa época, eran abovedadas, con formas espléndidas y de gran variación.

Pero ¿de qué modo podían proceder sin obreros capaces para hacer una bóveda, no disponiendo ni de palos largos para andamios, ni de piedras para labrar?

Sobre un muro de tan poca resistencia, como es el muro de piedra bola, no se animaban a poner una bóveda pesada.

La dificultad fué otra vez vencida. Por el camino fluvial mandaron los padres, desde Misiones, el cedro para poder techar una iglesia del ancho de la Compañía.

Llegaron los primeros troncos, venciendo el gran inconveniente del transporte; pero otra vez surgió una nueva dificultad; faltaron obreros capaces de labrar madera, de construir un techo ancho, con pocas herramientas; no existiendo maquinaria para levantar pesos.

Por fin se resolvió la construcción y se techó con bóveda de madera la iglesia, en forma de cruz, con su cúpula.

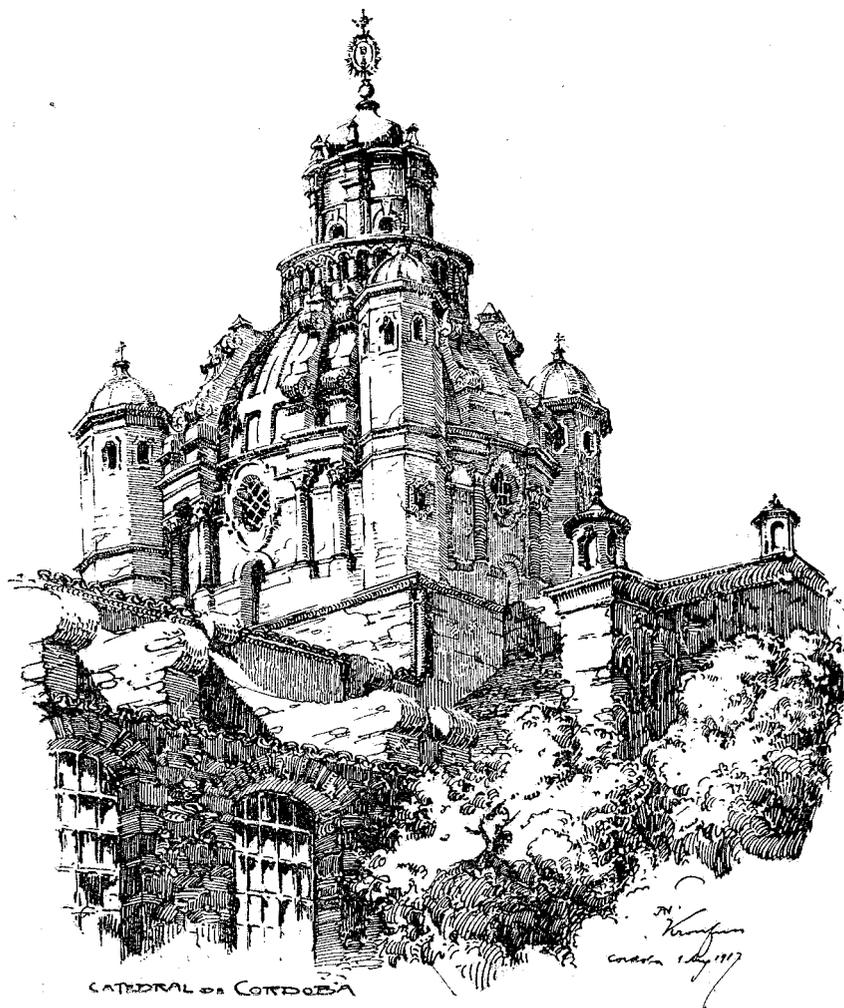
Fué esta una construcción de gran vuelo, de ciencia y de experiencia, que no tiene semejante en la Europa de esa época.

Pero faltaba todavía el techo. ¿De qué materia podían hacerlo? Las tablas solas no podían evitar la entrada de la lluvia. Y tejas de forma cilíndrica no se podían hacer.

No había, pues, más remedio que poner tablas y encima colocar tejuelas o ladrillos de espesor reducido. Resultaba así una construcción peligrosa, no existiendo entre la mezola y las tablas una unión franca.

Parece que los constructores empezaron a buscar una mezcla especial, con mucha cal y talvez algún otro material, que valdría la pena ser investigado por un químico, porque el resultado por fin fué magnífico. Dos siglos no fueron capaces de afectar esta construcción.

Esos hombres de tanta energía, eran los hijos de aquellos padres que han vivido la época tan gloriosa de la humanidad; la del renacimiento; lo cual quiere decir, que no se hubieran con-



Cúpula principal o «media naranja» de la Catedral

tentado únicamente con las formas de la construcción que constituye el esqueleto solamente, o sea parte de la belleza y que hacía falta para una obra de arte, la pintura y la escultura.

Escultores—uno ó dos—para labrar los adornos, los tenían entre ellos, y también el material, una especie de yeso que podían fabricar, o si no, podían tallar los adornos en la misma madera.

Pero los colores ¿de dónde podían sacarlos? Hombres de gran preparación no se detienen ante semejantes dificultades. Había tierra colorada, árboles, raíces para hacer colorantes, y de acuerdo con los procedimientos renombrados de esa época—perdidos para nosotros—empezaron a fabricar colores.

Hay que mirar las pinturas de la capilla doméstica de la Compañía para reconocer que la escala de colores era, por lo menos, formada de ocho. Negro de hulla, blanco de cal, amarillo de tierra, sienna de raíces, el verde de combinación; no se puede saber de donde sacaron el rojo y el azul.

Esa pequeña industria de colores ha dado origen a la industria de tapices con adornos de varios colores.

No hay que olvidar jamás, que se trata aquí de un pequeño grupo de hombres, quienes tenían que ser forzosamente constructores, escultores, pintores, herreros, carpinteros, fabricantes de colores, de ladrillos y no solamente maestros en su profesión sino también profesores que tenían que enseñar y trabajar con hombres que no entendían su idioma ni conocían esas industrias.

¿Cómo explicarse, como enseñarles, como mandarles a buscar plantas colorantes, que ellos mismos no conocían; cómo formar obreros para todos los ramos?

Y he aquí el momento en que la más pálida envidia tiene que reconocer que el trabajo realizado por ellos es casi sobrehumano; y si en Europa nos enseñan esas iglesias monumentales, yo debo, por mi parte, reconocer con toda franqueza que pueden compararse en su parte artística con la iglesia de la Compañía.

Supongamos que hoy día tuviéramos que mandar 60 hombres al Chaco para que edificaran allá una catedral, no permitiéndoles el uso del telégrafo, de los ferrocarriles, de los vapores, ni siquiera de los instrumentos de orientación y nivelación con excepción de la brújula y del nivel de agua. Dándoles libertad para buscar hombres—o mejor dicho indios—que huyan ante ellos, sin poder comprender su idioma para explicarles en que forma pueden ayudarles a edificar una catedral; tendrían que buscar yacimientos de cal, quemar ladrillos, sacar piedras (pero sin dinamita) y mover todo esto sobre carretillas que ellos tendrían que construir y buscar, abriendo caminos a través de los bosques.

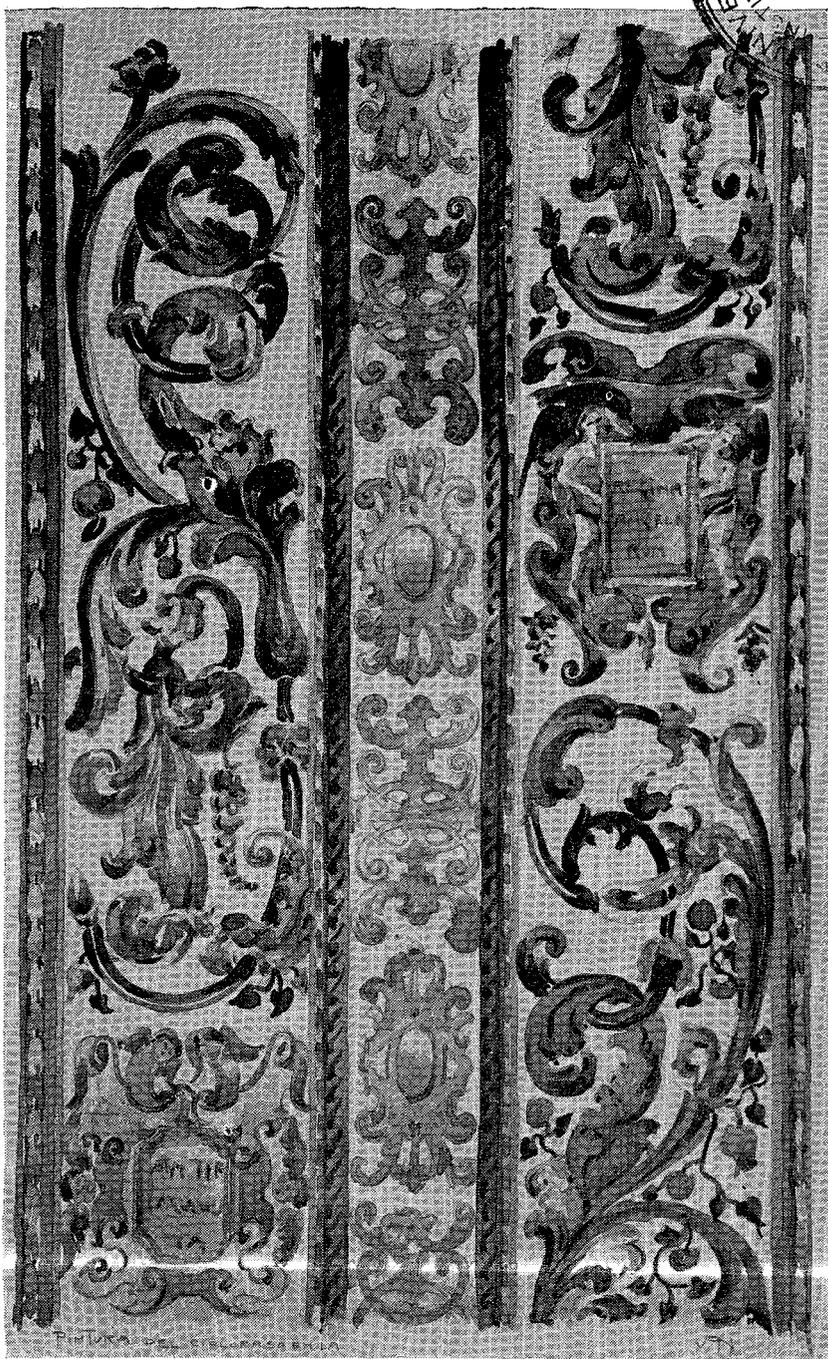
¿Cuál sería el resultado de una idea como esta? Yo creo que la catedral no sería erigida jamás.

Hay que ver la ejecución desastrosa de los arcos de nuestra catedral, leer la historia de esa vía crucis de que hablan las piedras de la iglesia de San Roque; como se abrieron los arcos de la bóveda y como habría que fortificar con contrafuertes la construcción, para que no se derrumbara, como se ha derrumbado en parte la Catedral. En esta última tenían que dejar la proporción de las arcadas para reforzar los pilares que sostenían la pesada bóveda con el techo.

La iglesia de San Roque estaba concluída desde antes del año 1761, pero su consagración no tuvo lugar hasta el año 1765. Al respecto nos consta que la construcción no podía acomodarse a la idea morisca de los arcos, con los cuales querían adornar los constructores a la iglesia.

No hay que culpar de ello a los constructores porque se empeñaran en construir grandes iglesias que no guardaban relación con la población, su número y capacidad. Solamente esa idea religiosa les ha dado la fuerza y energía necesarias para llegar a ese hermoso resultado.

Toda la historia humana nos enseña desde el más remoto pasado hasta el renacimiento, que la idea religiosa ha creado esos



Pintura de la bóveda de la capilla doméstica de la Compañía

monumentos, de los cuales depende nuestra cultura. De los Egipcios, de los Babilónicos, de los Jónicos y Griegos no conocemos casi más que sus templos.

De la antigua Roma, la mayor parte de las obras maestras, como el Panteón, son templos. De los primeros siglos del arte cristiano conocemos las basílicas y nada más.

La época romántica nos crea las formas de las iglesias cristianas, las cuales después en el tiempo gótico terminan con el acorde majestuoso en las catedrales de Colonia, de Viena, y de París.

Hasta esa época la edificación particular casi no existía, era rudimentaria. Con el renacimiento surgió, al lado de las hermosas iglesias, la casa: mejor dicho, el palacio particular.

Es esa fuerza del alma, pues, la que ha podido movilizar estas energías que con esas piedras mal labradas, y peor unidas, llegan a formar nuestras obras de la época colonial.

Si se suprimieran esas fuerzas del alma humana, no quedaría del trabajo del hombre, sino la parte material, desprovisto de arte, sin los sacrificios al ideal, tan indispensables para cualquier creación, como comprueban las colonias creadas, en una época ya casi moderna, las cuales no sentarán base alguna, para las generaciones futuras. Lo que reinaría, pues, sería el egoísmo individual, con el cual no se han creado, ni se crearán jamás obras de valor artístico. Y es por esta razón que no haría tampoco grandes obras de arte, y que sean verdaderos monumentos ideales las iglesias de la época colonial de la Argentina, que por esta razón pertenecen a todos los argentinos, y no a uno solo.

Son todavía pocos los que pueden leer las páginas de piedra de esos documentos, pero quienes han leído y han contemplado lo existente desde hace dos o tres cientos años, no van a preguntar si tal o cual detalle es bello o no, exponiendo así una crítica que tenga por objeto hacer ocultar con grandes palabras y gestos la falta de fundamento para la verdadera ciencia.

Con esto no quiero decir que las obras coloniales no sean bellas, o tenga recelo en exponerlas ante la crítica severa.

Para formar un criterio estético trabajan tres fuerzas mentales juntas: la razón, la fantasía y el sentimiento. Cualquier objeto observado estéticamente produce en nosotros el sentimiento de agrado o desagrado.

Claro está, que la primera impresión de ese sentimiento tiene un origen muy oculto, aún no aclarado.

Pero la razón y la fantasía nos ayudan en esta tarea. La razón juzga el objeto según su contenido ideal y mental y la fantasía nos ayuda a juzgar si ese objeto ha encontrado en la forma creada una expresión equivalente o no.

De ello se deduce que el espíritu pensador está buscando la verdad y lo característico de los fenómenos reales, como la voluntad persigue lo bueno y noble, y el sentimiento con la razón y la fuerza de imaginación trata de avaluar los objetos según ese contenido estético que vive en ellos y que no es más, que su belleza.

Y se deduce en consecuencia, que el artista que produce lo bello, como los hombres que quieren reconocer lo bello tienen que tener un espíritu rico y cultivado, una fantasía movible, y un sentimiento claro y puro, porque sin esto lo bello no sería reconocido jamás.

Es claro, pues, que la idea y la forma marchan juntas.

Los filósofos más antiguos pusieron junto a lo bello, la verdad y lo bueno.

Lo bello es, pues, apareciendo en la forma correspondiente, la idea y lo bueno es la idea que queremos realizar y la verdad es en tal concepto, la idea reconocida.

Con ese criterio vamos a entrar en el estudio del valor artístico de las obras de la época colonial.

Su idea original es religiosa. Es buena porque nace del alma y quiere crear lo bueno. Quiere ayudar a la humanidad, quiere honrar a Dios.



Casa del Virrey – Alvear esq. Rosario de Santa Fé

Así la idea corresponde a la verdad, a lo bueno, y por consecuencia es bella según la definición.

Las formas coloniales corresponden a la verdad. No hay en todas esas obras ni la más pequeña falsedad.

No hay ventanas falsas, o arquitectura de importancia sobre portales a una pieza sin significación, no hay mentira entre el exterior y el interior como hoy en día; no hay material que quiera demostrar más de lo que es en realidad, ni mármol, imitado ni pintura de bronce u otras mentiras de nuestras construcciones de hoy.

En todas las obras coloniales, estudiadas por mí, no he encontrado ni una mentira. No se puede decir igual cosa de los obras de hoy. En aquellas los adornos no se pegaban a la fachada sin razón, sin criterio como hoy en día. Si había adornos eran lógicos y el punto de su colocación de importancia.

Por eso, el arte colonial corresponde a la verdad y tiene valor y contenido estético.

Tenemos, pues, los dos puntos principales cumplidos. Idea sana, ejecutada sobre la base de la verdad.

Vamos a ver, ahora, la materialización de esa idea con las formas.

Para juzgar eso tenemos que apelar a nuestra fantasía, que, como hemos dicho tiene que ayudarnos a juzgar si la forma es equivalente a la idea o no. Como la idea es clara y pura, las formas son también claras y hablan por sí.

Nosotros vemos una fantasía movible y creadora que vence las dificultades del material.

Entre mis dibujos se pueden ver obras simples, y obras de mayor vuelo de la fantasía, se ve que partes de las obras son pesadas porque el espíritu no podía vencer todas las dificultades que ha opuesto el material a la idea creadora.

Observándolas juntas, resultan en armonía porque la idea creadora podía unir las en una armonía.

De la planta más simple, como es la de la catedral, nace

una cúpula y una forma exterior, que nos demuestra que la idea forma una flor que hace desaparecer los muchos pequeños errores de los detalles.

Como he dicho antes, para reconocer la belleza de ese conjunto hay que tener ese criterio cultivado por el estudio de las formas naturales y estilizadas, y poder compararlos con otros objetos de la misma índole.

Y otra vez tengo que reconocer de mi parte, que no puedo encontrar mayores divergencias o desarmonías. Como una persona bella, con ideas sanas y puras no pierde su belleza con algunas manchas en la cara. (reconosco que molestan) Así las obras coloniales no pierden su belleza por su abandono, por sus pequeños errores en los perfiles, o con esa cierta pesadez de las formas que corresponden al gusto de una época con la cual nosotros ya no guardamos ninguna relación.

Queda, pues—repito otra vez—una idea pura, una composición clara y un desarrollo de la idea en la forma exacta y bella, pero lleno de pequeñas faltas; errores que si pueden en general influir sobre la impresión, no son capaces de hacer desaparecer la idea sana y divina.

Por eso, amo, y amaré los trabajos de nuestros antepasados.

Hay un inmenso material para elaborar todavía y para ayudar a los historiadores en su penoso trabajo.

Los propietarios generalmente sabrán que en su terreno hay una antigua capilla en ruinas, o algo semejante, pero no se preocupan mayormente de averiguar quien edificó esa obra, hoy en ruinas; por qué se eligió ese lugar para erigirla y de donde venían sus constructores.

Pero nosotros no podemos suponer que uno vaya a edificar en un desierto una capilla, solamente por su propio gusto. Lógicamente tenemos que reconocer, que donde había una iglesia o capilla, había hombres o pueblos, existía una causa para reuniones, o un paradero en el largo trayecto de los caminos.

El historiador que se encuentra con documentos del archivo

entre tantos enigmas, tendría base y clave para tantas preguntas que surgen de los estudios. Si esas obras hubieran sido archivadas y determinadas en su lugar.

Muchos documentos que son incomprensibles recibirán con ello, ese rayo de luz que los transformarán en verdaderos documentos del más alto valor.

Y con facilidad podrían anularse esos ciertos mitos y leyendas que la fantasía humana está creando alrededor de cada forma, incomprensible a primera vista.

Aquí, en Córdoba, abundan los cuentos sobre galerías subterráneas, comunicaciones ocultas entre iglesias, con todos los adornos de la fantasía, los cuales según el carácter del hombre que los relata, se desnaturalizan en simple cuento o calumnia secreta, o misterio incomprensible, o charla sin fondo.

Mi estudio sobre la época colonial no hubiera sido jamás completo, sino me hubiere ocupado de estos "misteriosos subterráneos" de Córdoba.

He hecho y hago esto como hombre de ciencia, sin prejuicios, solamente como investigador y me refiero a ello como a un estudio todavía no terminado completamente.

Comparando los cuentos de subterráneos en Buenos Aires, con estos de Córdoba, encontramos muchas analogías. Se ha hablado allí que en los barrios históricos existía un sistema de catacumbas y tuneles, cuyo origen y objeto nunca se había explicado.

Hace 12 años que la Municipalidad de Buenos Aires intervino en el asunto y las exploraciones han desacreditado todos los cuentos y leyendas circulantes.

El resultado oficial comprobó que en el subsuelo de Buenos Aires no existía tal sistema de tuneles, ni galerías subterráneas. Se han comprobado además que los existentes no formaron jamás un sistema, porque son aislados, poco profundos y según los historiadores y cronistas de Buenos Aires, fueron practicados en la época de las invasiones, con motivo de cons-

tituir depósitos de armas y más tarde fueron utilizados por los revolucionarios, y los conspiradores de varias épocas. Son esos subterráneos, recuerdos de la época más tempestuosa de la historia Argentina.

En Córdoba nos encontramos con las mismas leyendas de misteriosas catacumbas, con huesos y con calaveras humanas.

Entremos, pues, en su estudio.

Se habla de una galería subterránea que existiría entre Santa Catalina cerca de Jesús María, y la ciudad de Córdoba y además de comunicaciones subterráneas entre Alta Gracia y Córdoba.

Levanté los planos de Alta Gracia y de todo el convento de Santa Catalina con el permiso más amplio.

Estudié todo lo que estaba a mi alcance sin encontrar el más pequeño rastro de un subterráneo. Y pensando que cualquiera de esos tuneles, para llegar a Córdoba hubiera que pasar por debajo de uno, hasta de dos arroyos y que se tendría que vencer alturas y llanuras en las cuales el agua hubiera inundado y derrumbado todo lo hecho. Tenemos que reconocer que su ejecución para aquella época, era técnicamente imposible.

Hacer un tunel hasta en nuestra época, disponiendo de todos los aparatos y maquinarias modernas, resulta una empresa difícilísima e implica un valor de varios millones.

Yo creo que con esa simple reflexión queda descartada la existencia de un subterráneo entre Córdoba y los conventos de fuera de Córdoba. Queda ahora por comprobar la comunicación subterránea entre las iglesias de la ciudad.

En los bajos de la casa de la calle Colón esquina Rivera Indarte existe un sótano llamado "el noviciado". Abajo del sótano hay otro, porque la altura total fué subdividida hace algunos años, para utilizarlo como bodega. Según un documento del año 1767, publicado en el libro del Dr. Garzón Maceda, se menciona el noviciado: "hay un corral de 70 pies de largo por once de ancho, por el cual se baja a una iglesia subterránea..... las columnas de piedra sin labrar y un Panteón



sobre la entrada de 20 pies de largo por once de ancho; una bóveda y todo eso en bruto sin concluir”.

En el año 1771 se menciona otra vez el noviciado, diciendo en el inventario:

“Un edificio subterráneo que no se puede reconocer el fin de su destino de 27 varas de largo y catorce de ancho, etc.”

Además un otro documento del año 1772, dice del noviciado.

“Que se ha comenzado haciendo bendecir el cementerio subterráneo que tiene dicha casa de Hospital para enterrar los pobres”.

Mis planos levantados exactamente, contienen esos datos, como se puede ver en los mismos. Se trata de una cripta de iglesia, con los pilares y muros reforzados, como corresponde a esa altura de la obra.

Abajo del piso, a unos 50 ctm., hay agua. En caso de que el río trajera más agua la cripta se inundaría. Si hubiera habido subterráneos a esa profundidad, tendrían que derrumbarse a consecuencia del agua, estando la tierra poco firme.

En Europa existían muchas iglesias subterráneas para el uso del pueblo, la de la calle generalmente desaseada en esa época, con enfermedades contagiosas, y la otra superior, con escalinatas monumentales.

Además había siempre cripta abajo de la capilla.

En nuestro caso, se trata de una cripta que resulta buscando cimientos firmes, o mejor dicho la capa de arena.

En el centro de Córdoba la profundidad de la arena es de 3 a 4 metros. Para los cimientos tenían que sacar mucha tierra. Un poco más y podían utilizar el espacio entre los muros.

Ahora bien, muchos que han visto estos cimientos, de hace 20 años, están contestes en decir que de esa cripta salía un subterráneo para la iglesia de los Jesuitas.

Estudiando los muros no se ve mas salida que la del “corral”, mencionado en el documento, o sea la entrada a la cripta. Pero, lógico sería que si hubiere habido comunicación hasta la

iglesia de los Jesuitas, debiera haber igualmente una salida en la iglesia de la compañía.

Bajé también a esta cripta, la más antigua de Córdoba, de la cual hablaba el Dr. González en una conferencia que dió en Buenos Aires.

Presentaba antes, aquí, la planta levantada exactamente donde se puede ver que no existe salida fuera de la mencionada de arriba.

Hay un pozo más profundo en la cripta,—como en todas las de su índole—que tenía que prestar servicio, durante siglos, para juntar huesos. Me han dicho, que debajo de esa cripta, había una otra más. Esta otra tendría que tener bóvedas forzosamente,—y aquí empieza la leyenda. El sonido del suelo prueba que es completamente sólido y que no existe hueco más abajo.

Y el tunel mismo, como tenía que empezar a 4 metros abajo del nivel de la calle, siguiendo a lo largo de la de Rivera Indarte, no pudiendo pasar por debajo de las casas particulares, y además tenía que tener por lo menos dos metros de altura—sin bóveda—solamente en forma de curva, resulta que podía existir, y si ha existido solo podía ser de muy poca extensión, y como dice el documento, como cementerio.

Pero podemos encontrar muchas otras explicaciones para esas cuevas.

Pedro Sotelo Narváez, dice en 1598 de los indios de Córdoba: “que usan otra cosa, que es meterse en casas debajo de la tierra y muy abrigadas a sudar, como manera de baños...”

Cuenta otro documento que para la edificación de la iglesia de San Roque “se extrajo los ladrillos que fueron quemados levantados sobre el mismo terreno”. Eran, pues, cuevas de importancia que se han construído así. Para guardar herramientas o formar un albergue obligado para obreros, eran aquellas y subsiste hasta hoy, la costumbre de cavar esta especie de cuevas. Además en España, en la actualidad, usan todavía en todas las casas, o cerca de ellas, cuevas para guardar alimentos. Ya en los templos

egípticos había cuevas para guardar objetos de valor. En Córdoba misma era muy necesario tener un abrigo, una cueva oculta, porque según el Dr. Cárcano: “los indios se volvieron hostiles y esta situación obligaba a los vecinos a encontrarse siempre preparados para el ataque y la defensa”.

Y a los que no se contentan con estas explicaciones y buscan otras, aunque sean extravagantes, se les puede dar el consejo de que lean la descripción de la cultura de la misma época en Europa. En Francia era el reinado de Luis XV que propagaba las costumbres más libres por todo el continente. Aquí, en tierra ajena, los conquistadores y los vecinos no querían más que defender su vida y sus pocas riquezas.

Que no hubo jamás subterráneos y sí solamente algunas cuevas, comprueba mejor que toda documentación, el hecho de que durante la construcción de las obras de salubridad, en cuya ocasión forzosamente tenían que excavar la tierra hasta 3 metros de profundidad, no se han encontrado ni una de esas galerías subterráneas.

Pero, continuemos con la historia de la población y de la edificación de Córdoba.

Los hombres que venían a Córdoba, procedían de un país que en esta época estaba en la culminación de su gloria. Orgullosos, llenos de su grandeza, querían imponer sus costumbres lejos de su patria. En Europa habían visto levantar los monumentos de un José Churriguera de Salamanca (1650, 1723) a quién la “Gaceta de Madrid”, a su tiempo, llamaba el Miguel Ángel de España.

Habían visto los tabernáculos de los Altares que han dado a los nietos y alumnos de Churriguero la ocasión de desarrollar toda su gran fantasía, lo cual por su originalidad ha inmortalizado el nombre de “Churriguerismo” que pasó a la historia del arte.

La característica de ese arte es el alcance de la riqueza de las formas y de los efectos artísticos, hasta el límite alcanzable.

sobre una idea arquitectónica pura y monumental. Sus trajes, sus armas y todo ostentaban ese estilo, llevando la chupa de cuero, o de paño de seda de colores, con flores bordadas y trencillas de oro y plata.

“Tal indumentaria—deduce el Dr. Quesada—complicada y costosa, en un centro de apenas 200 vecinos, en medio de un territorio desierto, debía forzosamente obligar a hombres y mujeres a verdaderos esfuerzos ingeniosos para no romper o manchar dichas piezas, muy difíciles de reponer y bastantes expuestas a toda clase de accidentes en un lugar semejante, con las calles convertidas en lodazales y las casas con el piso generalmente sin enladrillar”. Pero todos querían ser o aparentar ser hidalgos y vestir, por lo tanto, a la usanza de estos. Conservaban la etiqueta ceremoniosa, y la solemnidad grave de la corte madrileña, representando así, en este rincón perdido de América, una deliciosa comedia de costumbres.

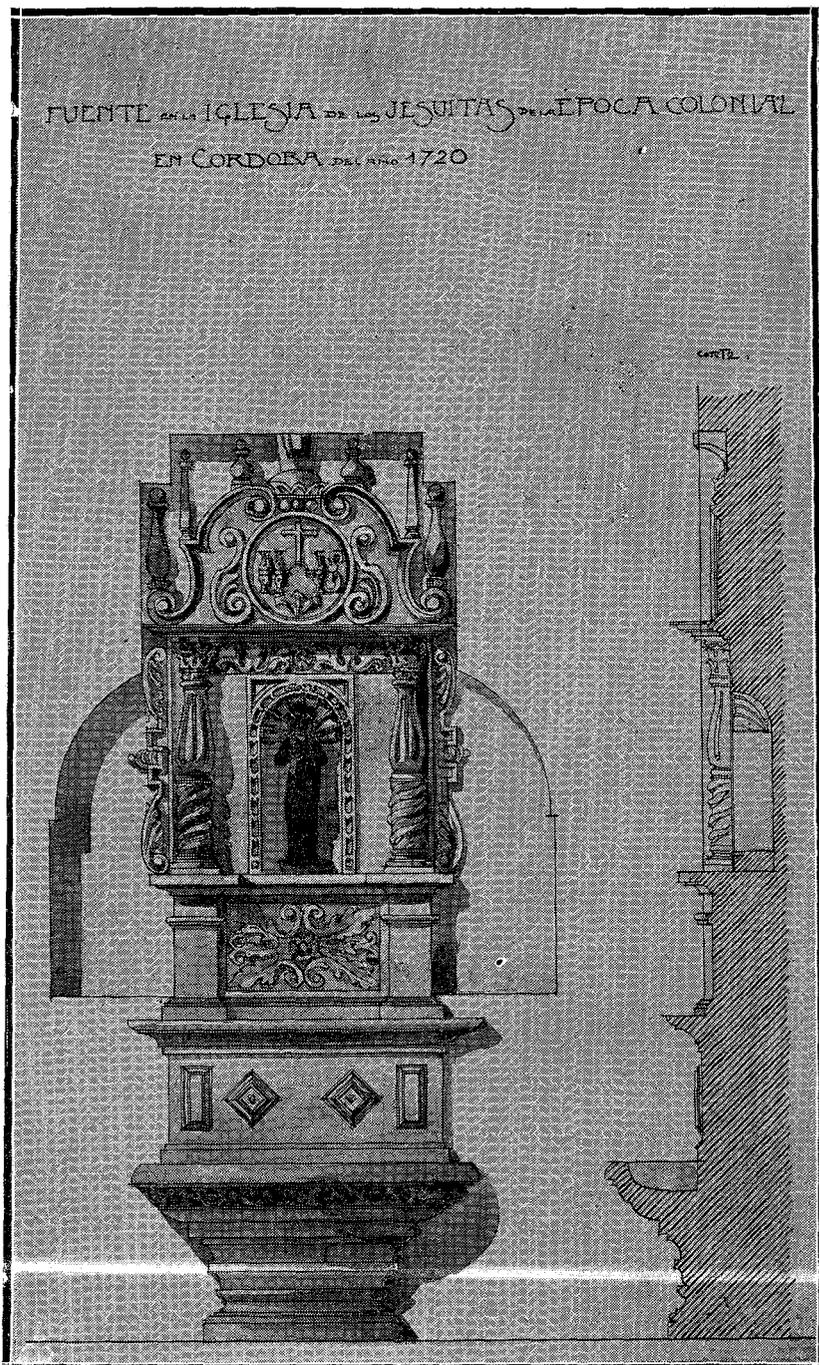
Y todo ello, repito, en casas medio destruídas, con techos llenos de goteras, puertas que cerraban con dificultad, y el piso de las habitaciones a veces de tierra sola.

La impresión del jesuita Gervasoni, en el año 1729, es bastante mala porque describe la ciudad en esta forma:

“Esta ciudad de Córdoba, en que ahora me encuentro, la reputo la más miserable de cuantas hay en Europa y en América, por cuanto lo que se ve aquí es por demás mezquino. Las casas (exceptuando muy pocas de ladrillos y de un solo piso) son de tierra cruda. Nuestro colegio es bello, pero todavía permanece una parte en la misma forma y la habitamos; parte es de ladrillo, pero como está *sin bóveda*, se llueve por todas partes: el único capaz de fabricar una bóveda es el italiano de que hablé en otra mía, pero está ocupado en Buenos Aires, después de haber fabricado aquí al Señor Obispo, una Catedral muy hermosa.

“Mi habitación está en el corredor que habitan los superio-

FUENTE EN LA IGLESIA DE LOS JESUITAS DE LA EPOCA COLONIAL  
EN CORDOBA DEL AÑO 1720



Fuente de piedra Sapo labrada de la iglesia de la Compañía

res y los padres más ancianos, en tierra plana, medio hombro más bajo que el de los corrales”.

Una descripción del Cabildo, de Luis Izquierdo Guadalupe, del año 1732, nos revela el casi completo abandono de las casas.

Es claro que aquellos hombres pretendían llegar a una armonía entre su alma y su pensamiento, y entre las formas de vivir.

En Europa tenían palacetes, servidumbres, lujo alrededor de su persona, y aquí los trajes eran los únicos que señalaban la diferencia; las casas eran iguales en su miseria. En su mayoría ranchos de barro, techados con paja o hierbas, aprendiendo recién más tarde la fabricación de tejas curvadas. Si por casualidad se encontraba en la ciudad alguien que fuera capaz de fabricar ladrillos, entonces se construían algunas casas o se quemaban algunas hiladas de ladrillos.

Naturalmente, cuando esto era posible, los vecinos en seguida querían dar monumentalidad a sus casas y poner arquitectura alrededor del portón de los mismos. Y ¿qué resultaba? Que casi siempre fracasaban, pues, no pudieron jamás juntar y doblar los perfiles, de manera que al llegar a la terminación de la arquitectura planeada, quedaban cortadas. Esta era la única solución de la dificultad, como ha pasado con el nudo gordiano.

Pero más tarde aprendieron de este también lo más necesario, y al fin de la época colonial ya encontramos pórticos de nobles proporciones, con tranquilidad en el conjunto y buen concepto.

Es claro que las formas que querían reproducir aquí no podían ser idénticas a las de Europa, por falta de materiales y de obreros, pero tampoco contemporáneos con las formas de Europa.

Sabiendo los hombres de Europa que para empezar un viaje hacia Córdoba precisaban por lo menos un año y como no tenían en seguida la ocasión de realizar una obra aquí, pasaban otros 5 o 10 años más, pero siempre quedaban con las formas, con las cuales habían salido de España.

Con su amabilidad característica me facilitó el Dr. Cabrera un plano original de un altar de la Catedral, aprobado en el año 1796 por la comisión de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando. Por él se vé, pues, que en la Academia de Madrid ya habían reconocido oficialmente el estilo clásico de Luis XVI, que ostentaba ese altar, en un tiempo, que es el mismo en que aquí recién terminaban la iglesia de Santa Teresa, con su pórtico de estilo churrigueresco.

Del estilo de rococó aquí no hay más que un portón: el de la iglesia de los jesuitas, y el altar en la Ermita. Después del estilo del Churriguerismo empieza en seguida el imperio.

Así, en este orden de citas, podríamos marchar paralelamente con los documentos históricos, mucho tiempo.

Ellos comprueban todo lo que dicen las piedras, los ladrillos, las tejas, las construcciones y las formas.

Faltan todavía muchos eslabones para formar la cadena entera, pero trabajando llegaremos con los planos levantados, hecho el estudio de los materiales usados, y comparados entre sí y con los documentos a determinar exactamente, en cada caso, el origen y el año de las obras, como su historia.

La escala de las construcciones ya está trazada: empieza con barro, después con piedra bola, y piedra de canto, hiladas de ladrillos con piedra bola, techos de tijera, bóvedas de ladrillo, formas amplias de casas y al fin la arquitectura.

Con esta última podemos determinar cada corniza de cada época, aunque de ello no hayan quedado siempre documentos.

“Hay muchos pueblos abandonados en la República, donde la naturaleza ha vencido al hombre”, como dice un original existente en el Archivo de Indias, en Sevilla de 1732—“los colonos abandonaban sencillamente la región, y se trasladaban a donde les parecía más conveniente”.

“Por eso no fueron pocas—afirma también el Dr. Quesada—las ciudades fundadas en nuestro territorio, por los conquis-

tadores, y de las cuales no queda sino el recuerdo de su nombre, discutiéndose aún sobre cual fué su verdadero emplazamiento”.

El Prof. Hosseus ha encontrado el emplazamiento de una ciudad, abandonada en la provincia de San Juan, de la cual no existe ni el nombre en la memoria de los vecinos.

Con estos estudios arqueológicos se facilita el trabajo del historiador. Por esto no hay que preguntar siempre que valor estético tiene una forma, o una obra. Hay al lado del valor estético, uno no menos importante, que es el valor histórico.

Yo creo que no habrá en la juventud de la Argentina, uno solo que sea capaz de negar este valor histórico, porque negarlo equivaldría a decir que sobre las flores, las raíces no tienen ninguna influencia.

En consecuencia, es digno, pues, de estímulo cualquier pequeño esfuerzo hecho para unirlos con el pasado, para encontrar de nuevo ese camino individual de una nación, que es únicamente capaz de conducir a la individualidad de su propio arte.

Estudiando a fondo el pasado y los esfuerzos de una energía creadora, como lo hacemos con la época colonial, nos encontramos con otros problemas, de los cuales saco algunos para entregarlos a la consideración de mis contemporáneos.

Hoy en día no teniendo hierro, luchamos con la dificultad de no poder construir. Pero hay que reconocer que en la época colonial, durante el renacimiento y el tiempo gótico se han edificado obras de gran tamaño e importancia, con las cuales no pueden compararse nuestras obras; y todas fueron construídas sin el empleo del hierro. No quiero generalizar, porque este sistema nos lleva siempre a un error; de paso puedo formular una pregunta: ¿hay o no casas y escuelas en la Argentina, de pequeño tamaño, que podríamos edificar en la forma colonial, sin hierros, utilizando todo lo que se pueda sacar de la tierra misma, tan abundante en piedras y barro para ladrillos, tejas?

En la época colonial aquellos hombres podían elaborar y aprovechar estos materiales y nosotros no; es la única diferencia.

Había en la época gótica un gran gremio de albañiles y trabajadores en piedra, que con su técnica podía realizar estas grandes obras que hasta hoy admiramos.

Ellos sabían elegir el material utilizable de la cantera, le elaboraban según las reglas de la construcción, le conformaban geoméricamente, dándole trabas tan ingeniosas que, según una leyenda, una bóveda se derrumbaría si se le quitara una piedra del conjunto; han construído escaleras de caracol, interponiendo dos de estas, así que podía uno bajar y otro subir sin verse entre sí; han construído bóvedas de una forma tan caprichosa, que según nuestros cálculos, no podrían quedar en pie, y otras tantas "picardías" en las construcciones de bóvedas, que hasta hoy no han perdido el interés para nosotros.

De esa seguridad en construcciones de mampostería, y de bóvedas, encontramos aquí también rasgos.

Las bóvedas de la casa de Bulnes, o de Allende, o de las sacristías de San Roque, Santa Catalina, Alta Gracia, nos comprueban que han vivido aquí hombres con esas capacidades profesionales.

Hoy ya no existen más; nuestros albañiles no son capaces de hacer la traba de un pilar, y menos aún de un arco, no hablaremos de las de una bóveda o cúpula.

Además vivimos en el error de que nuestras construcciones son mejores que aquellas. Pero, la prueba dice lo contrario. Puentes de hierro, construídos hace 60 años, no sirven más, mientras que puentes de material del tiempo de los Romanos, existen todavía.

Tomando en consideración que la Argentina no produce el hierro que necesita para cuantas escuelas crea en sitios apartados del ferrocarril, nos preguntamos, si no habría la necesidad de educar hombres, capaces de elaborar su propia tierra.

La construcción resultaría más barata y abreviaríamos un camino para la independencia moral de otras formas nacidas en el suelo del país.

Con las formas de la construcción se cambia la forma arquitectónica y tener su propio estilo no es más que trabajar con el mismo material del suelo. Columnas de mármol en Italia, piedra blanca y ladrillos en Francia, madera labrada en Noruega, arquitectura de ladrillos en Holanda.

El material y su elaboración dan ante todo vida a un estilo. Pero hay que tener la voluntad de empezar de nuevo. Para las grandes obras se precisarán formas clásicas, de estilo reconocidos y construcciones de hierro, ¿pero qué objeto tienen esas formas en el campo, en los pueblos apartados?

Edificar capillas en estilo gótico, que aquí ha sido siempre desconocido, por su anterioridad al descubrimiento de América, es un anacronismo.

Formando material del propio suelo, buscando formas adecuadas a esos materiales, tener el valor moral de luchar para su reconocimiento, comprobando que en la construcción y sostenimiento de esas obras hay economía, reconocer que esas piezas en el verano son más frescas, en el invierno más abrigadas, por consiguiente más sanas, por fin reconocer que la felicidad en ellos es mayor, teniendo más salud y menos hipotecas, además confesar que es algo propio del suelo de los padres, todo esto constituye el estilo colonial.

Se podría edificar casas baratas para veranear, para restablecer su salud, mejorar los ranchos y no pretender poner las formas de un castillo de Versailles sobre una modesta casita.

Yo sé que muchos pensarán que soy un soñador y que no se puede realizar nada de lo que sostengo.

Pero yo, insisto en que si han podido realizar todo esto sus antepasados en la época colonial, no teniendo las facilidades de hoy, no hay razón para que en la actualidad no se pueda hacer lo mismo.

Tenemos las mismas piedras, los mismos ladrillos y tejas, la misma cal; lo que no tenemos son obreros profesionales capaces de hacerlos. Antes, los ingenieros enseñaban a los obreros;

hoy, el mismo ingeniero tendría también que enseñar a los trabajadores a hacer bovedillas y a poner ladrillos en traba.

Hay que extender los estudios prácticos de los ingenieros y enseñarles los errores que existen en los libros, por falta de material científico y que corresponden al ingeniero entregarlo al historiador, al escritor y al poeta.

Un ejemplo: he aquí un libro de enseñanza para las escuelas con el título de "La Argentina" 7ª. edición, que dice de Córdoba, al hablar de sus monumentos:

"La catedral revela el sello morisco de las artes españolas" y sin embargo la catedral no tiene ni una línea de morisca entre sus formas.

Y sigue: "Trabajada en piedra, sus torres están cubiertas de escultura y calados hechos a punta de cincel" y, en realidad, son de mezcla y hechos con la cuchara.

Dice el mismo libro, al hablar de la iglesia de la Compañía, que está construída de granito, cuando es de mármol rosado en la parte antigua; con piedras de canto y ladrillos en otras, y sigue describiendo su interior del que dice que está revestida desde la cúpula hasta la base con cedro del Paraguay... cosa que tampoco es cierto, siendo solamente la cúpula y la bóveda de madera.

Y en vez de llamar la atención sobre la más antigua pintura de la Argentina que es la de la bóveda y cúpula, sigue diciendo: "las paredes del claustro tienen un espesor descomunal, de un metro y medio; uno se queda estupefacto delante de estos murrallones de piedras enormes — son apenas regulares — apenas recogidos, que asemejan esta construcción a una antigua fortaleza".

Esta frase, corregida según los hechos, debía decir, usaban muros bastante fuertes para contrarrestar el empuje de las bóvedas, que han construído por falta de largos tirantes de madera, y con algunas piedras de regular tamaño.

Para abarcar todo lo que ha creado en construcciones la época colonial, tendría que hablar de las primeras casas de alquiler, de negocio, o de oficina; de los conventos con sus ran-

cherías, de los diques para estancar agua; comparar las formas de las plantas, antes entre ellos, después con las de España. Estudiar las ruinas de las iglesias de Misiones y compararlas con las iglesias de aquí; seguir paso a paso a los primeros pobladores de este país. Por lo pronto, he hecho los estudios para la provincia de Córdoba, y es un tema, pues, para la juventud, para estudiar y dibujarlos para Jujuy, Salta y Tucumán.

Falta para mis trabajos todavía la documentación histórica y muchos detalles que solamente la implantación de esas ideas en las almas de la juventud argentina, pueden guiar a su feliz terminación.

Los gobiernos han creado y presentado leyes. Yo recuerdo a la ley, que espera su sanción definitiva, presentada por el Dr. González; así que los preliminares están terminados.

Legisladores, historiadores, arquitectos e ingenieros han abordado el gran tema y ahora tenemos que probar que la energía es la misma que ha vivido en los corazones de los conquistadores, para realizarlo.

Por eso tenemos que convertir las palabras en hechos y plantar la ley en nuestro corazón, para que se despierte el amor por las obras coloniales en todos los que viven en este suelo.

Por esas razones, probé dar nueva vida a las formas coloniales en el palacio de la legislatura; por eso luchaba en Buenos Aires, para que dieran paso libre a estos proyectos que se basan en el pasado del propio suelo. Y sabiendo que la vida de una generación no es suficiente para terminar con una tarea tan inmensa, vengo, pues, a ustedes, a los representantes de la juventud, para hacerlos los primeros confidentes de mis trabajos. Y como estoy seguro de que la población, los mismos hijos del suelo labrado por los primeros guerreros sabrán apreciar más y más estas obras de sus antepasados, dedico estos modestos trabajos si alguna vez se imprimen, a la juventud estudiantil de Arquitectura y de Ingeniería de la Argentina.

He dicho.

JUAN KRONFUS